

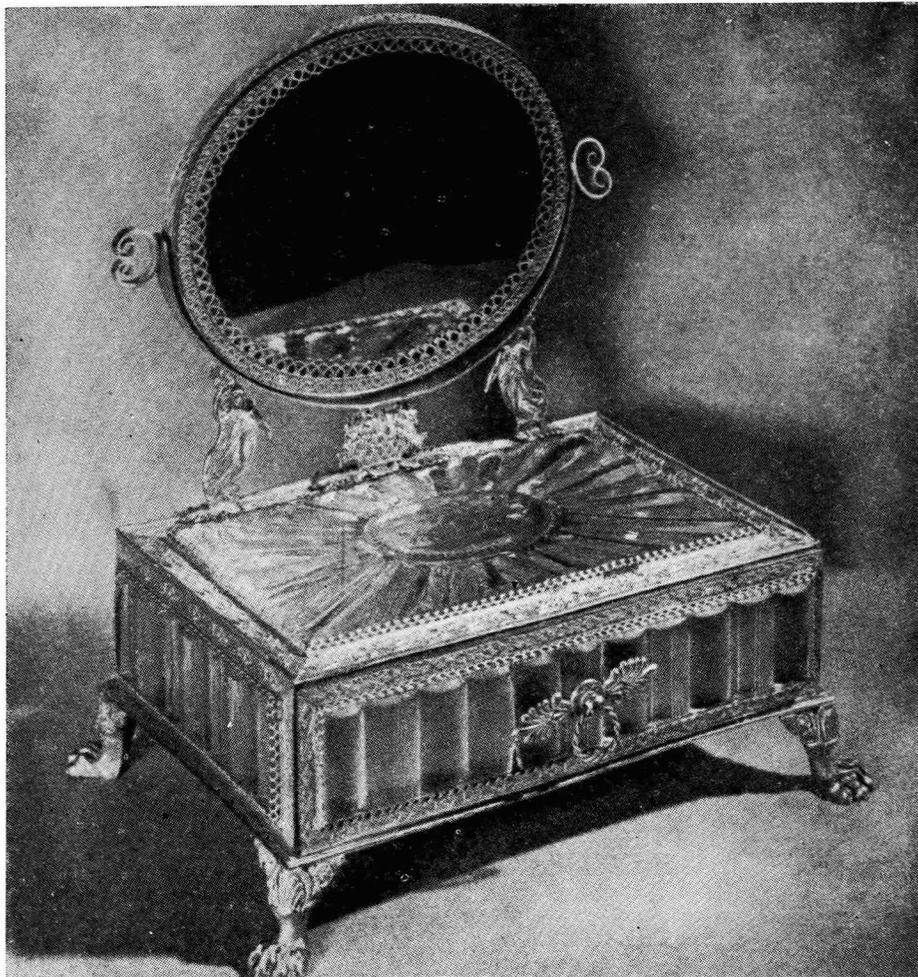
entra en escena Fidelio; es evidentemente una señora, sin embargo se llama Fidelio, y va vestida de hombre; entonces, yo, en mi inocencia juvenil, supuse que se trataba de un personaje masculino que esa noche había sido interpretado por una señora, porque el actor del papel se había enfermado, o algo. Ahora bien, después de haber sido tratado de Fidelio por varios otros personajes, entra en una celda y se arroja en los brazos de un prisionero... Este hecho, que por cierto me escandalizó bastante, me hizo llegar a la conclusión de que estaba yo presenciando una obra que trataba de homosexuales, y no fue sino hasta una hora más tarde que comprendí que el tal Fidelio era en realidad una señora que se había disfrazado de hombre para entrar en la cárcel y reunirse con su marido que era el prisionero de mar.

Pasaron los años, muchos, y yo no sentí nunca la necesidad de repetir la experiencia vergonzosa y molesta que había yo tenido, hasta que hace dos años, me encuentro de manos a boca con que restrenan el Teatro Juárez de Guanajuato y que gracias a uno de los frecuentes *lapsus mentalis* que padecen los encargados de dirigir esas cosas, se había escogido la compañía de Pepita Embil para dar la función inaugural. Nos dieron una ópera mexicana llamada *Eréndira* que todavía recuerdo con horror.

Aquí debiera terminar la historia, pero nada, que el miércoles pasado, me encuentro, sin saber por qué causa, presenciando, por si una fuera poco, dos óperas mexicanas.

Entra Severino, que como en el caso de Fidelio es una señora vestida de hombre. Yo supuse, partiendo de mi conocimiento de las convenciones operísticas, primero, que una señora es una señora, aunque se vista de hombre, y segundo, por la insistencia e inocencia con que nos decía llamarse Severino, que ignoraba su verdadero sexo. Como a continuación se sucedieron varios episodios no muy inteligibles, creí que el tema de la obra sería cómo Severino descubrió que era señora. Por supuesto que estaba yo equivocado. Nada tan dramático pudo ocurrírsele al autor de esta ópera. Después me enteré, gracias al programa, que: "Severino decide dejar su tierra, en el interior del país, para ir a mejorar su vida en alguna gran ciudad del litoral." Dice el programa, entre otras cosas, que Severino estuvo a punto de suicidarse sin que yo me enterara, de que el señor gordo aquél era un carpintero, de nombre José, y de que cuando el escenario se llena de gente que canta y baila es porque ha nacido un hijo del carpintero, y termina diciendo: "Sin saber por qué (Severino) se siente reconfortado, y participa con ellos de tal acontecimiento."... "Salvador Moreno compuso esta obra durante su estancia en Barcelona, y la dedicó a la señora Delmira Amorós de Mir."

Después del entreacto entraron un hombre y una mujer, con unas como togas académicas y libretos que pusieron sobre unos atries colocados en ambos extremos del proscenio. Eran el Destino y la Patria. Empezaron una disquisición metafísica de la que el pobre Maximiliano salía muy mal parado. Se abre el telón y aparece un Maximiliano pequeñito, con barbas a la Goitia y peluca de institutriz, cantando no sé qué cosas de que espera noticias del Coronel López. Cuando termina su parte, entra Carlo-



Cajita para guardar dedicatorias de óperas

ta, gigantesca, pateando la cola de su traje. Del dúo que sigue, sólo pude recoger estas palabras: "El mar, el amor, Miramar." O bien: "El amor, el mar, Miramón." No estoy seguro cuál. Bailan las parejas un vals, el Destino insulta a Bazaine, entra Bazaine a despedirse, sale Bazaine, el Destino lo insulta otra vez, las parejas bailan una mazurca, el Des-

tino insinúa que el Coronel López tiene dares y tomares con la emperatriz, entra el Coronel López a informar que todo está perdido, sale el Coronel López, vanse los invitados, sale Maximiliano a tomar aire fresco, y luego... la emperatriz enloquece...

La próxima vez, ópera en mi tocadiscos.

LIBROS

Antología de la poesía italiana. Nuestros Clásicos, 21. Universidad Nacional Autónoma de México, 1961, 325 pp.

LA SELECCIÓN, la versión de los poemas y el prólogo de esta antología (con texto bilingüe español e italiano) fueron encomendados a Manuel Durán.

El prologuista traza un breve panorama de la poesía italiana y analiza los más importantes movimientos literarios que se han producido en Italia.

Durante el siglo XIII la lírica italiana apareció tardíamente en un medio en apariencia poco favorable; la cultura latina, y las poesías extranjeras que ya habían alcanzado madurez, pesaban demasiado sobre el espíritu de los poetas. Además, durante muchos años Italia careció de unidad en el lenguaje. Aunque los poetas procuraban el idioma toscano, se escribieron poemas famosos en provenzal y en francés italianizado. Andando el tiempo Dante, Petrarca y Boccaccio impusieron el toscano, a pesar del gran prestigio del latín frente a las lenguas romances.

La poesía italiana nació en las ciudades; los poetas no se sentían atraídos por los relatos épicos ni por las aventuras fantásticas; sus tendencias "burguesas" los conducían a la lírica, pero esta falta de acción se compensaba con la profundidad, el matiz de los sentimientos, y con la perfección formal. En el mismo siglo XIII, San Francisco de Asís inició un movimiento de poesía mística, el cual obtuvo buenos frutos en su elevación y sencillez; sin embargo, el misticismo poético se agotó a fines de siglo.

La poesía lírica amorosa ya se había impuesto en toda Italia y en la corte de Sicilia durante la segunda mitad del siglo XIII; sin embargo, el siglo XIV está considerado como el de mayor esplendor: Dante y Petrarca revolucionaron las ideas estéticas, impusieron el idioma toscano, crearon escuelas con sus estilos, le dieron a la poesía precisión formal y sutileza de sentimientos.

En el siglo XV fueron descubiertos los clásicos griegos; esto contribuyó de manera definitiva al florecimiento y a la evolución de la poesía. Por su parte, la elegancia y la pulcritud formal de Petrarca habían conquistado discípulos: Ariosto, Miguel Ángel, Vittoria Colonna y

otros; pero los poetas lograron superar la influencia petrarquista y produjeron obras maestras personales.

Al iniciarse el siglo XVI, la poesía pastoril (desprecio de la corte y alabanza de la aldea) alcanzó la madurez: aparecieron obras magníficas como la *Aminta* de Tasso. A fines de este siglo la lírica italiana decayó (si puede llamarse decadencia al barroco) por un exceso de retórica. El academismo continuó dominando en el siglo XVII; los poetas enamorados de la palabra en sí, empleaban y buscaban constantemente giros novedosos y desconcertantes. La crítica atribuye la "decadencia" a la presencia de los españoles en la Península Itálica; pero no es fácil encontrar un verdadero parentesco entre el gongorismo español y el barroco italiano.

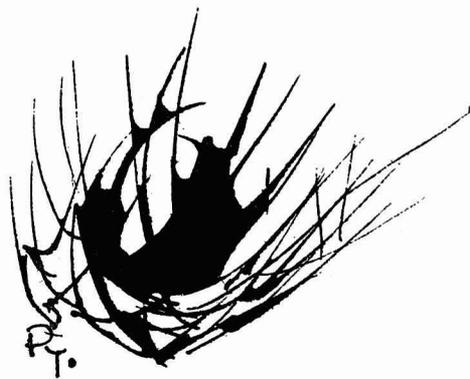
Durante la segunda mitad del siglo XVIII, los acontecimientos políticos despertaron en los poetas un fervor patriótico literario, y un amor por los clásicos y la sencillez; pero el romanticismo patriótico no alcanzó nunca la estatura del romanticismo escéptico de Leopardi, quien es considerado como la figura más importante del siglo XIX. Los ideales patrióticos de los italianos no pudieron realizarse totalmente. Esta frustración influyó mucho en el ánimo nacionalista, y la poesía adquirió un carácter melancólico; en Leopardi la nota predominante fue también la melancolía, pero de tipo metafísico y existencial.

El futurismo de Marinetti y el post-simbolismo de D'Annunzio aparecen después del romanticismo. El primero le preparó el terreno al dadaísmo y al surrealismo. Finalmente los grandes poetas del siglo XX: Ungaretti, Montale, Quasimodo, Gatto innovan la lírica italiana, la cual en toda su historia se ha caracterizado por dos tendencias cíclicas opuestas: por una parte apego a la tradición clásica, por la otra impulsos renovadores. El vigor y la grandeza de esta poesía depende precisamente del cultivo de la tradición que de tanto en tanto se ve enriquecida con nuevos elementos.

C. V.

Alfonso López Aguirre, *La gía de mi pesamiento*. La poesía de Todos los Tiempos. México, 1961, 24 pp.

LA ACTUAL poesía palidece frente a la producción del bardo Alfonso López Aguirre. Las nuevas generaciones atormentadas por el yugo retórico de los Vallejos y los Nerudas, se entrega a las cerebraciones más inocuas, y que luego pretenden darnos por poesía. La grandiosa excepción la constituye un nuevo poeta que como un astro aparece en el horizonte de las letras patrias: El maestro Alfonso López Aguirre opone su profundo y verdadero pensamiento a las vanas elucubraciones mentales de los oscu-



ros neobarrocos de hoy en día. Podría afirmarse que el secreto de Alfonso López Aguirre es "sentir hondo y pensar claro". Además, como si fuera poco, el torrente de su auténtica inspiración se desborda y se impone a todos los lugares comunes de la retórica. Advértase que este joven poeta es tan auténtico y sincero que deja a un lado las preocupaciones sintácticas y ortográficas. ¡Claro, la verdadera poesía está muy por encima de estas preocupaciones que sólo atormentan a los poetastros, pues ellos no teniendo más que ofrecer se jactan de una sintaxis coherente y de una ortografía ortodoxa. Sí, mucha ortografía, pero ninguna vivencia poética, ninguna idea estética profunda; en cambio, López Aguirre, ya desde el principio de su poemario, nos ofrece un prólogo en el que con humildad que sólo poseen los grandes espíritu afirma:

"Aquí desiro la imagen de mi pensamiento e inquieto, lo que escribo esta olvidado, aun los que me leen se dan cuenta. Escribo estas imaginaciones de mi pensamiento, quisa sean cosas vagas o efectivas, de los ratos de ocio de mi vida, el ocio es la base de la inspiración, que quiere decir que la poesía se hace con lo sustancial del ocio como dijo el sebre filosofo chino, Ling Yutang, el ocio es la filosofía de los hombres, el ocio es la esencia sustancial de la inspiración, donde los hombres cultivamos nuestro modo de pensar, y ese fue el fin de que yo haya elejido el camino de la inspiración en la poesía."

Mientras que la mayoría de los poetas infatuados carecen de toda dirección poética (a no ser la imitación más crasa de los retorcidos poemas de los Vallejos y los Nerudas, quienes maltratan sin piedad nuestra bella lengua castellana) el bardo López Aguirre asegura en preclaros versos:

Treintaitres pensamientos
fueron los que me giron
a hacer la poesia
de la GIA DE MI PESAMIENTO
iluminándome una estrella
que a caido del firmamento.

En tanto que nuestras artes plásticas han sido ricas en expresiones fauvistas, en ingenuidad y alejamiento voluntario de las recetas retóricas, nuestras letras, en cambio, más académicas cada día, han carecido de una corriente fauve; pero el bardo López Aguirre se presenta como el gran innovador de la pureza poética, profundo y a la vez sencillo, sin pretensiones académicas. Pero no se piense que estamos frente a una poesía solamente lírica, pues este bardo posee todas las notas, músicas que se apoyan en la solidez de un pensamiento que no es instrumento de vanas meditaciones. Oigamos, pues, al poeta:

Que pueda yo pensar
si mi pensamiento
es egoista a lo que veo
es egoista a lo que pienso
mi pensamiento se ase
a veces un sueño
porque en vida
se agota de tanto pensar.

El poema antes citado se titula "Mi pensamiento"; pero esto no es todo: en "Yo soy", su vena metafísica se desborda y alcanza cumbres no imaginadas. El dilema de la existencia, del ser en sí y del ser para sí, se desenvuelve en ritmos verdaderamente poéticos:

Yo soy por que me veo
a un me siento
porque a un sigo siendo yo.

Mis palabras fueron mi vos
que yo oi
cuando solo creí que era yo.

¡Pero esto no es todo! El pensamiento del bardo se eleva a los cielos, y continúa diciéndonos:

Dios, llevame cuando tu quieras
mas yo no lose
tu me llamas y me ire contigo

Ahora con gusto, yo estare a tu diestra
para alabarte ati, que eres el Dios
padre
y para toda la eternidad.

El poeta nos describe un mundo de ilusiones y vivencias sutilmente matizadas que los poetas de hoy están muy lejos de sentir. La poesía de hoy se escribe en escritorios burocráticos y en máquinas de escribir prosaicas... Pero debemos reservar espacio para dar a conocer el talento polifacético de López Aguirre, quien como Miguel Ángel domina las rimas y el concepto de la plástica. López Aguirre en "El calvario de un pintor", nos define la creación de las artes plásticas:

El arte es la figura que tocas con el
pinsel
la imagen figurada de tu pensamiento
rimanlo los colores al lienso
del cuadro que posa la velleza
al esfuerzo de su pensamiento creador.

El equilibrio es la nota distintiva de este bardo que lo mismo se entrega a las reflexiones de alta estética como al lirismo amoroso más sentimental:

Mas de una vez quiero sentir
la savia que me dan tus vesos,
quiero sentir las carisias
que me dan tus manos,
con mi rostro marchito
resivo tus vesos
y las caricias que me dan tus manos.

